

Atrás quedó un tiempo que comenzó cuando todavía nos quitábamos los últimos sueños de la niñez y empezábamos a germinar como nuevo azahar de juventud.

Atrás quedaron las ilusiones nazarenas que nos hacían imaginar palios cruzando las estrellas de los sentimientos, que nos hacían ver las mejores curvas e interpretar la marcha perfecta y jugábamos a tararearla mientras nos mecíamos en el aire y avanzábamos con pasos firmes y decididos y nos frenaba una ventana, un pasillo o una pared o nos miraba la gente en una calle o en un parque cualquiera.

Atrás quedaron los primeros cirios que encendimos con las ganas de hacer los mejores caminos penitentes, cuando el hábito nazareno era una pertenencia sagrada al que acudíamos de vez en cuando a lo largo del año, para

recordar que aquella túnica formaba parte de nuestros sueños y al acariciarla, aún en verano, se hacía siempre la primavera.

Atrás quedaron los olores de mil y una albacerías, cuando temblaba en el aire una atmósfera particular y entre túnicas y algodón mágico, paños y telas, incienso y cera se iba escapando nuestra inocencia, pero se forjaba un futuro de hermandad y unas amistades que durarán lo que dura en la tierra nuestro camino nazareno, para seguir durando al pasar por las puertas del cielo.

Atrás quedaron los primeros cafés de tertulias, cuando duraban una tarde entera y nos despertaban a las ilusiones y a cientos de proyectos inimaginables. Aquellas que se gestaban cuando teníamos tiempo para imaginar, porque los libros quedaban aparcados en el rincón de

siempre, pero los proyectos cofrades surgían como espontáneo nacimiento de nuestras inquietudes.

Atrás quedaron los sábados de bayetas, los domingos de trapos rotos, de “tarnichí”, algodón, gasolina y paño, de soplete con cuidado o secador de modernidades, de infiernillo de gas y cazo de cera, de cuñitas de madera y manos negras, de pantalones usados y sillas de anea, de patios o pequeñas habitaciones, de torres y escaleras, de sacristía y capilla de naves de iglesia.

Atrás quedaron los tambores con los que un día jugamos y la plastilina y los tronitos de mesitas, arrumbados en un tiempo que nos hizo nacer cofrades, porque empezamos a jugar de verdad con nuestra juventud por bandera y los cambiamos por maderas y clavos, grapas y telas, doseles y tramoya donde ardía el incienso y la cera

y nuestro trabajo se ofrecía con la recompensa de ser pagados con la moneda del esfuerzo y sacrificio que se daba a los demás para ser felices nosotros mismos.

Atrás quedaron los nombres de cientos de papeletas que rellenábamos con letras de rápida ortografía. Y aprendimos a medir con los ojos cuáles eran las medidas de aquellas túnicas y a subir y bajar el invento de medir los hombros, al tiempo que se pegaban los pies a la pared. Y rebuscar entre los cíngulos cuáles estaban mejores, que borlas podían salir cuando todavía tenían flecos y que cordones aún deshilachados guardarían la compostura junto al telón de una túnica por caminos de primavera.

Atrás quedaron los toldos con los que nos cobijó la calle y los guardianes de moscatel y las piedras y adoquines y las iglesias cerradas sin puertas en sus

fachadas y los bidones de arena y palos de madera y los amarillos telones de esta obra pasionista y las verjas de metal y las cuerdas blancas y los tronos sin flores y la luz sin cera, los alzacos desnudos y las peanas vacías, pero todo prometía que volvería a nacer la primavera.

Atrás quedaron las caras de niños y la sonrisa de juventud, atrás las salidas, que no nos perdíamos ni una, atrás algunos pelos que no volverán como las golondrinas. Atrás ilusiones que ahora renovamos y proyectos que se perdieron. Y aunque atrás quedó un tiempo que empezamos a soñar cuando germinaba en nuestros corazones el primer azahar y el tarareo de una marcha infinita llevando como trono la mesita y la túnica guardada en un armario del tiempo y el olor de albacerías que limpiaba nuestra juventud con paños de ilusiones y los cafés con azúcar de tertulia y los libros con aroma a

incienso y azahares entremetidos y las bayetas de brillos y el algodón de un mago de resplandores y la cera más recta y el candelabro cuadrado y la diagonal más perfecta en un bosque de candelería y los tambores antiguos y una sola baqueta y los clavos escondidos y las telas colgadas y los doseles planchados con manos de cariño y las bullas del tallaje cuando empezábamos a aprender y los puestos con sus letras y las pegatinas en los varales y los amarillos toldos con marineros guardianes y nuestra juventud derramada con el diario trabajo.

Y aunque atrás quedó nuestra historia y hasta estos pregones...

Que no se pierda la gloria
que un día nos dio la salud,
de limpiar la memoria
de una bendita juventud.

Ya es la hora adelantada de comenzar los caminos nazarenos por la senda de la juventud y saludar a la mano espiritual que lleva los destinos de esta Hermandad, bendiciendo sus actos y siendo guía a Dios y al Bendito nombre de María.

Protocolo manda saludar a la ciudad, a quienes gobiernan sus olas y dan fe de nuestra penitencia.

Mi saludo se reverencia con quien es el Mayor de los Hermanos que se presenta al pueblo en unión a la Junta de Gobierno y de todos aquellos que un día decidisteis vestir la clámide blanca de esta corporación.

Mi protocolo manda su saludo a quienes rigen destinos nazarenos y se configuran como prelados de otras cofradías malacitanas.

A quien me presidio en la palabra argumentando mis honores nazarenos y la estirpe de la que provengo, pues siempre es de agradecer una palabra de presentación y hoy Fran, mi agradecimiento a tu prédica, porque simbólicamente, me has presentado a este pueblo que hoy está ante mí, y eso ya merece mi saludo y gratitud.

Y saludo a ese pueblo que viene a renovar sus votos de juventud, a encontrarse con mi palabra cuando ya se cuentan los días y a sentir que seguimos estando ahí, a pie de trono, como siempre lo hemos hecho.

Y quedaron algunos recuerdos que rebozaban juventud, cuando llegábamos a las hermandades con el asustadizo son de nuestra niñez en la cara y nos citaban para los fines de semana que entre marchas de aquellas cintas cofrades antiguas hacían relucir lo que para nosotros siempre fue plata y aprendimos centímetro a centímetro a saber cuanto costó encargarlos, quienes fueron sus creadores, quienes los llevaban y donde iban en el cortejo nazareno, en aquella procesión que todos comenzamos desde la sonrisa de una faraona o desde el incesante movimiento del incensario que nos hacía emperadores del humo que alababa a Dios y bendecía a María. Y caminamos con un cirio de pasión o una vela que intentábamos que nunca se apagase, como si la llama fuera nuestra propia vida y aprendimos de donde venía la cera, que calidad tenía, cuales eran sus colores y simbología.

Cómo el frío de la noche pasaba sin llegar a nuestra túnica nazarena y nuestro aliento eran palabras de silencio que morían en la tela del capirote y los chichones dos en la cabeza, el reflejo de nuestro andar penitente, cuando sabíamos de las curvas de las calles, cuando tomábamos sus medidas con los pies, cuando mirábamos sin mirar y nuestros pocos años se iban haciendo mayores y probábamos cual era el peso de las bocinas, o de las mazas. Y se empezó a dar la importancia debida a llevar la cruz que guiaba nuestros sueños cofrades y nos hacía hijos de Dios. Y supimos de los guiones y estandartes, que existían las reglas o estatutos y la pértiga del fiscal y que no había mejor cuadrilla que alzara su luz a Dios, dando a la Madre su cera, levantando los ciriales al mundo entero al son de la oración del toque del pertiguero. E hicimos saber que existía la mesa de hermandad, la presidencia nazarena, la voz del capataz, el esfuerzo de los hombres de

trono, que las mantillas van detrás que también es el cielo, que la música no era sólo un acompañamiento exigido por un guión pasado, que existían más marchas que Nuestro Padre Jesús, que las cornetas y tambores no sólo habrían procesión, que los varales eran de hermanos y se pagaba con el esfuerzo, la entrega y una cuota de salida, que el traje no era la túnica de estos nazarenos del varal, ni la flor del trono la recompensa, si no el exorno que engalanaba a Dios y se ofrecía en piñas a la que llamamos María. Que la cera no tenía que ocultar, si no dar luz creando una calle que llegara a su mirada, que las flores tenían que ser las justas y no las desproporcionadas y que todo lo estábamos heredando de otros jóvenes que lucharon con la incomprensión de unos cofrades antiguos, que solo le daban importancia a ellos mismos, que lo eran por tradición, por prestigio o por familia y que para ser hermano mayor antes había que poner sobre la mesa los

apellidos, los dineros o los avales de otros como él. Por eso heredamos el saber cuanto costaba poner una vela demás y un ánfora por esquina, alzar un dosel al cielo y dar protestación de nuestra fe cristiana y cofrade, de vestir su luto con el color de las estaciones y que sus lágrimas no fueran siempre negras, de adornar sus dolores con bordados de arte y puntadas de maestría, de coronar su nombre y nuestros conocimientos, de dibujar diseñando a Málaga, de guardar nuestras tradiciones sin quedarnos con nuestras penurias. Y nos echamos a la calle para proclamar nuestras ilusiones nazarenas, cuando costaba poner en el escaparate una convocatoria o cartel y supimos de conferencias y mesas redondas, y de la historia de nuestras hermandades y del patrimonio cofrade y desenterramos los archivos, pusimos al sol los legajos y descubrimos de donde veníamos y quienes éramos y escuchamos como las ondas nazarenas hacían caminos de perfección y como los

pregones no eran proclamas baratas y chovinistas. Y supimos llevar la medalla y poco a poco hicimos que toda Málaga se hiciera cofrade y que no fuéramos unos cuantos, los de siempre, los que nos viéramos en todas partes y a todas horas. Y todo fue movido o promulgado por la juventud, durante tantos años, la juventud, y sigue existiendo una juventud emprendedora y se siguen viendo aquellas caras sonrientes que se acercaban a las hermandades para echar una mano. Pero hay una juventud pegada a la pantalla de la incomprensión, que alza su voz en los cabildos del anonimato y limpia con los trapos sucios de su propia suciedad. Hay una juventud que clama con las marchas sinfónicas de una guerra eterna, que no quieren ser jóvenes porque no les interesa, que olvidaron limpiar la plata de su conciencia y solo dan con el betún de su vanagloria, que critican los cultos de su hermandad desde una pantalla y proclaman sus convocatorias de

enfrentamientos, que son los mejores orfebres del mundo, que saben más de bordados que los bordadores, más de música que los músicos, más de diseño que los diseñares y menos de juventud que los jóvenes. Tenemos a los mejores vestidos del powerpoint, a los mejores floristas de un foro de nocturnidad y alevosía, a los mejores albaceas desde el sillón, a los secretarios que dan fe desde sus casas, a los fiscales que ordenan cumplir sus leyes de teclado, a los Hermanos Mayores de ratones sin conciencia, a los capataces que miden su propia hipocresía, a los mayordomos que dan golpes de ciegos, a los pregoneros que pregonan sin voz:

No hay nunca juventud sin hermandad
del que siempre se esconde en la pantalla,
que se le hará eterna la soledad
si no siente en el pecho la medalla.

Volveremos a aquél patio o calle, aquella avenida o jardín, aquellas escaleras o plaza, aquella callejuela o glorieta donde jugamos a ser cofrades.

Yo quiero ser evangelista de mi hermandad nazarena, el San Juan protagonista de este mundo de sueños que corretea por el alma de una ciudad paraíso, del azul que besa la tierra con sus colores de crepúsculo, cuando el sol despierta en otro mundo y la luna nace en nuestra orilla, cuando la mar es saeta de espuma y sal y las luces en goleta navegan por la cara de la costa, y quiero ser la mañana que despierta cantando sus brillos y la catedral que con sus horas toca la bruma del aire.

Yo quiero ser evangelista de mi hermandad nazarena, con su Amparo de mocita y su sonrisa de luz, su malla de

viento y mi consuelo como barra de palio que besa su mejilla sin lamento. Quiero estar en su Nombre, en su Dulce palabra y llenar sus Lágrimas de mi oración y sus Favores de mi devoción y reflejarme en el prisma de los faroles de su mecida y flor de cera en el aire de su poderío, águila de campanilla que sin sonar brilla en el regazo de su Salud. Y estaré junto a ella sin que lllore San Felipe y te repujaré de plata un trono y te bordaré un palio para tu mirada y te tocaré una marcha para tu consuelo y te volveré a llorar para tu Patrocinio. Seré media luna de amor como joven discípulo immaculista que juega con el encaje y su arista para tu Concepción. Porque estaré en la pradera de tu Capuchinos de gloria y haré rima en el verso pasionista de tu nombre, para ser el protagonista del brillo de tu corona, tan grande como tu Perdón. Y estaré en el Santuario, en su retablo y su cal, en sus ángeles de luz y en tu cara de Señorita que quiebra el suspiro del llanto, por tu

gesto de Madre, por tu juventud de dolores, por tus labios de una promesa de amor, por tu Merced sin temores quisiera seguir a tu vera sin que nadie vuelva a quitar mi soplo de vida a tu lado, sin que nadie vuelva a enajenar mi sitio sagrado, sin que nadie me vuelva a dejar llorando tu ausencia, sin que nadie vuelva a jugar sin saber de mi presencia, que nací estando a tu orilla y estoy por amor condenado a quererte.

Yo quiero ser evangelista de mi hermandad nazarena y hacer círculos en el viento con tu nombre de O y tocar tu zambra de color como juventud del cielo que te canta blanca y verde de sonos, como eres la Emperaora que pide tierra y libertad cuando sale tu nombre, exclamación preciosista cuando te tomé por Madre y te escribí por evangelista. Quiero ser en tu Dolor el Mayor cirineo para llevar tus lágrimas de Lunes y brillar en el tintineo de tus

ojos de espejo. Seré el Amor que Doloroso cruza recogiendo tu halo intimista y llegar a la escollera de tu peana como ola de plata en crestería que te anuncia de nuevo un Ave María. Y por Tus Dolores pasaré como imperial en corona, como puente que cruza a tus lágrimas, como escapulario que nace en tus manos, como peana que alza tu carácter en la noche de Dios. Por ser seré la Gracia de tu Esperanza sin fin y morillera parada en tu presencia y sibila de los libros de tu vida en la plata de las esquinas. Y volveré a ser el alba que acaricia tu cara, y el barrio que besa tu nombre y la noche que forma tu mirada y la torre que te ve engalanada cuando vuelves coronada por el rito de tu pena trinitaria.

Yo quiero ser evangelista de mi hermandad nazarena y ser acuarelista de tu perfil de Nueva Esperanza, para llegar y posarme en flor en tus jarras nazarenas, cuando

los ángeles de Dios han escapado del dorado para seguir
llorando tus Penas, gotas de azahar y azucenas que al son
de las bambalinas acarician los cristales de albero en sus
fachadas. Y quiero estar en tu presencia como discípulo de
tus pesares, como lucero de tu brillo, como brillo de tu
firmamento, como firmamento de tu cielo, como cielo de
tu noche, como noche de tu centella, como San Juan para
una Estrella. Y ser seré a tu ladito la gota bendita de agua
cristalina que encontró en tu caudal un sorbito de Gracia
que ya vale el cielo entero, donde tiene faro tu capilla y mi
corazón consuelo, para llenar la primavera sin separarme
de tu vera, que en tu Rosario de cuentas están tus
Misterios de Madre, y no hay Misterio cuando se quiere
tanto. Quiero como rama encaramarme a tu sonrisa y
sentir la palabra de tus labios y derretir la nieve de tu luto,
que por blanco te esposaron como victoriana divina,
amanecer de plata con reflejos de luna, que como Tú si

que no hay ninguna, que sin llorar llevas el duelo de un sufrimiento de gracia y Tu pena es blanca como la aurora que te toca y te da su trapío y que Tú sigues sin llorar y no dejas de ser del cielo el Rocío.

Yo quiero ser evangelista de mi hermandad nazarena y como aquél bautista llenar mis manos del agua de tu Auxilio por Penas, que en el Miércoles clavé mi cruz de sentimientos y aunque estás cerca de la espina, también junto a Ti está mi lamento, esta mi Dolor que es Mayor por el tuyo, que si por mi fuera estaría junto a Ti en una eterna primavera, para ser tisú en Tu fragancia, arbotante en Tu balcón y palpitando en Tu alma llegar volando a tus ojos y encontrarme verde olivo en Tu iris de hermosura y volver a la locura de acurrucarme en Tu aroma cuando Dios cruza el río y viene como Madre un galeón de Paloma. Que seré por amor Tu Amor y proclamaré mi

dependencia de tenerte cerquita, custodio de Tu cara de niña, que por Ti no pasan las primaveras, déjame liberar para Ti una reverencia y alzarme en Puerta Oscura para llegar a la luna y repujar en su plata tu nombre con los latidos de corazón. Quiero consolar el caudal de Tus Lágrimas y tenerte en el sudario de una cruz de Sangre y ser la filigrana que hicieron como joyero cuando le dijeron al platero que Tus Dolores merecen a Tus pies el mismo cielo.

Yo quiero ser evangelista de mi hermandad nazarena, San Juan pasionista de este pasaje Malacitano, Amparo para Tus Dolores de Misericordia, lirio junto a Tu noche de manto, tiniebla en la cera, sudario en la cruz, luto en el trono, espina en la corona, soledad junto a Ti. Y quiero componer el verso de Tu ramita de Paz y en Tu trono como un universo mecedme en Tus dolores, gloria

llena y redentora cuando pasas como la hora, anunciando que María es la divina procuradora del bendito Nazareno, un Nazareno que llega del lagar más celestial de los cielos y seré mosto de lágrimas para tu Traspaso y volveré a mi primer ocaso, a las primeras líneas de mi ser evangelista, para recobrar la arista que por Madre te vista de Soledad y te cubra con el Poder del brillo de Tu plata y Te llene de Amargura, como la bendita dulzura que acaricia el pétalo de una rosa, que Tu eres la esposa de José el carpintero, elegida de Dios, Trinitaria por casa, Perchelera por cercanía, que como dije quedó prendada en la quilla de un ladrón de leyenda, porque a la flor la llaman Zamarrilla. Y seré Su Nombre, que Soledad es nombre de Madre, iris de eterna hermosura, fénix de toda locura, estrella de un mar en calma, Marinera de luto en el puerto del dolor, Cenachera de eternidad en los océanos del alma, nombre que por Madre se llama Soledad. Y seré una vez más tu

ramita de romero, tu centinela de luna cuando se hace en la tierra el cielo, Tu trono de oro por los brillos de la madrugada, Tu pañuelo de milagros como encaje del aire, Tu corona de Reina por Reina, Tu palabra de Málaga por lágrima, Tu azucena en flor por dolorosa, Tu mejor encaje que te pone primorosa. Tu luna, Tu cielo, Tu trono, Tu pañuelo, Tu corona, Tu palabra, Tu azucena, Tu bienaventuranza, mi hombro en el varal para mi Esperanza.

Yo quiero ser evangelista de mi hermandad nazarena y desde la celosía de los rezos reja de Sor Ángela quiero, San Juan de silencio a tus Dolores cuando musita la brisa tu testimonio afligido, que recorre malagueño el duelo de un Viernes, Parque de Angustias en el espejo por calzada, gracia por tres en el agua de bronce, Fe que es Consuelo en un Calvario de Victoria, que hasta lloran los cenacheros

y sus boquerones de historia. Y quiero ser evangelista de Su Soledad por San Pablo y el cronista de Su cruz trinitaria, y el Amor que por Caridad llena la vida entera. Y la nana que se le canta al sueño de Dios, cuna del Molinillo que duerme su duelo, Soledad de malla en un suspiro de Viernes, que no duerme y está dormido, que no sueña y esta soñando, la Piedad le está cantando y en el Sepulcro la Soledad lo está arropando. Y seré por sus Dolores el mayor de sus siervos y por la gloria seré los Cielos de su nombre de Reina y la bambalina con corazón de oro, y la peana con alma de plata, y las barras de un palio de estrellas, y la flor en su ánfora de piropos y la cera en su pabulo de brillos y el candelabro de puntillas para verla y el arbotante de brazos para acariciarla, y el cajillo con sus rezos de capillas y la corona con su resplandor imperial, y el puñal con su profecía de encajes y el rosario con su mecida de rezos y el bordado con sus pétalos por

puntadas y su centinela, su guardián, su carcelero por amor, su custodio, el vigía de su pena, porque yo quiero ser evangelista de mi hermandad nazarena.

Y volveremos a proclamar nuestra juventud con paños de Pollinica y limpiaremos el Huerto de nuestros recuerdos donde brilla nuestro Dulce Nombre. Que nuestros nombres fueron puestos en la pila bautismal y no en un “nick” sin conciencia, que nos llamamos hermanos y nos pusimos apodos por cofrades y aunque ahora todo esté a nuestro alcance a golpe de ratón, no hay mejor conocimiento que el día a día de nuestras hermandades, para dar la Salutación del compañerismo, que nuestra Salud está en nosotros y que los que obtuvieron los votos son los elegidos y no hay que cambiar si se hizo bien. Pero no siempre están los mejores y cuando se instala la mediocridad en nuestra vida nazarena, no todo igual da,

que hay unas reglas no escritas que hablan del buen hacer y aquí se ha hecho mucho y malo, mantenemos por gloria la antigüedad que se estancó en la mediocridad y ya es hora que nuestro Prendimiento escape de estas cadenas a golpes de juventud, que heredamos el paraíso y tenemos que dar paraíso, sin falsas vanaglorias, con la Humildad por orgullo.

No nos quedemos en una Crucifixión sin sentido, cuando hoy en día tenemos que tener más sentido, no seamos iglesia por tradición y pidamos a la iglesia que sea pueblo, que somos Gitanos por amor y congregamos al mundo entero y no sabemos de fronteras si se quiere ser nazareno. Y juzguemos a los artistas que nos cambian la cara y ponen sus Dolores sin vistas a un Puente sin miradas. Que nuestra Pasión no es cualquiera, por eso tendremos que estar con Málaga, y ser Málaga sin imponer

nuestras reglas, que se van haciendo hueco con el paso de las primaveras, sin que nadie tenga que decir, aquí no va esta acera. Volveremos a ser Estudiantes de lo bueno, que nada tiene sentido si no es Dios el protagonista, si el que está frente a nosotros sólo es nuestro hermano de libro. No quiero ser el Cautivo de un falso cofrade, del que mira con desprecio el trabajo de los demás, pero hay que saber que al trabajo hay que ponerle maneras y entre todos, que los hay, tienen que seguir los esplendores de nuestra primavera. Esta es nuestra Juventud, nuestra Nueva Esperanza, la que llena cultos y cabildos de fe, la que pone los encajes a su caer, la que llama a su gente para mostrar su hermandad, la que camina penitente con el rito de la pasión y da luz a los varales del buen gusto, al esfuerzo de las buenas curvas, a enseñarse capataces con el ministerio de los antiguos, de los de voz profunda y experta. Que nuestra Penas sean la gloria, nuestros pesares no estar

unidos, que no hay mayor resplandor que la Estrella de nuestras ilusiones, pues pagaremos el Rescate de volver a querernos y ser más Málaga, que así se hace los nuestro, pero con las buenas formas, cultivando lo que es y no dando propaganda a falsos malagueñismos, a cientos de golpes de pecho que no han “dao” una puntada y a tener que escuchar como la luz nos llega en “arborantes”, como damos primavera en “inciensarios”, como es más bonito por bonito que no se le vea la cara a sus dolores por tanta cera y flores mal puestas y como éramos criminales por no sacarle el pelo para que se vea que es mujer. Que nuestra Sentencia no es el mal gusto, ni tampoco sólo la filigrana y reírse de los demás por no tenerla, que nos llegue el Rocío de la medida, la justa proporción de los justo y estudiemos la manera de no sufrir las Penas y como escuelas salesianas contribuir a que nuestra juventud mantenga unos ideales proporcionados, que se mire a izquierda y a

derecha con la cara al frente de los nuestro, que nos unamos como almas Fusionadas y no seamos los hipócritas que no reconocen a la gente, a la buena gente de corazón, que si visten, ponen flores, dan cariño de amor, y gusto para quererla, Dios no entiende de sexos y nos hizo a todos iguales, por mucho que algunos quieran interpretar como han de ser las pasiones. Por eso somos Paloma que escapa a la libertad del hombre que proclama de igual manera a la mujer, que a hay está nuestro primer y Rico patrimonio, que las hermandades sin gentes no son nada y tenemos que dar nuestra Sangre primero por el del frente y después por una flor bien colocada. Y cuando nuestra Expiración nos lleve a la gloria se abrirán las puertas del cielo para que pase nuestro cortejo. Que veneramos la Santa Cruz en la tierra y nos sentamos a la mesa de una Cena de amistad y bebimos por Viñeros con sorbitos de cariño, igual que cuando éramos niños y nos llevaba la

felicidad. Esta es nuestra juventud, que si queremos ser legionarios lo seremos por pasión y aunque nos guste cantar a la muerte más dormida, si no hay tambores de guerra, hacer saber a todos que nuestra guerra es de Mena, de cruz y manos unidas y hay está nuestra fe y sigamos entonando que somos novios de su amor. Juventud llena de Misericordia que arremete contra la intolerancia y la inquisición de las formas, bandidos por Zamarrilla de un esplendoroso futuro, que alcanzará la alianza de dejar en la tierra la semilla que nos traiga la Esperanza, que somos Dolores por San Juan y nuestro Descendimiento ha de ser para bajarnos de nuestras falsas vanaglorias, que nuestro único Calvario está en la tierra, el de aguantar la incomprensión de algunos, pero a todos perdonaremos por Amor, que nuestro Traslado a de ser a las buenas maneras, a las risas que limpian nuestras desvergüenzas. Por Piedad de nuestra existencia os pido luz en las albacerías, palabras

en la secretarías, medalla en los cultos, cirios en la procesión, varaes para levantarnos, que no sea nuestro Sepulcro nuestra propia identidad y demos a todos ejemplo, que somos siervos de Sus Dolores y nuestra Resurrección no está en una pantalla sin nombre, en un culto sin hermanos, estemos en una procesión de verdadera fe en nosotros mismos, que no hay palio sin nombres que conocer, ni trono sin caras que reconocer, ni cariño que con cariño se paga, por eso:

El árbol nace de nuevo
como rama y llega al cielo,
para otra vez dar relevo
a una juventud modelo.

Que aquí siempre estaremos,
en Málaga sin agonías
y en la Juventud seremos
orgullo de sus Cofradías.

Y esto es lo que he dicho.

Francisco Luis Jiménez Valverde.

En Málaga, a los 21 días del mes de marzo de 2009.